

CHARLOT DA UN PUÑETAZO



Charles Chaplin

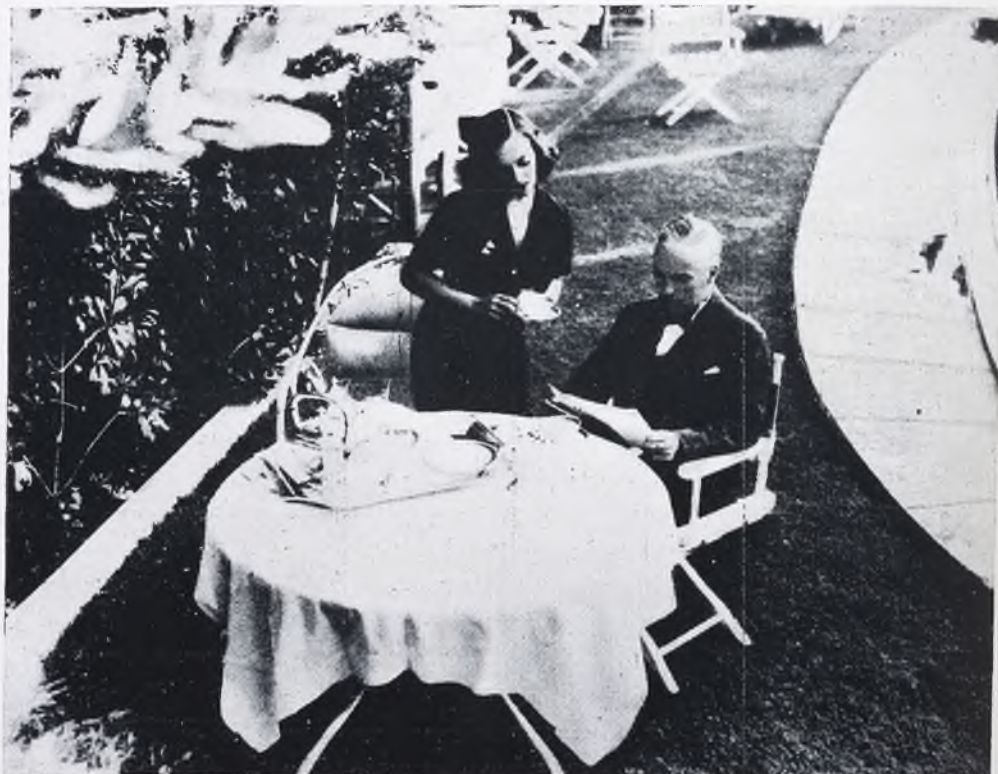
La máquina de un fotógrafo americano —hoy las fotos periodísticas deben tener movimiento— ha captado la precisa instantánea en que Charles Spencer Chaplin, desde el fondo de sus negros y hundidos ojos de semita, lanza una mirada mientras da un rotundo puñetazo sobre la baranda del púlpito o barra de testigo, ante un Tribunal americano. Los enterados dicen que ésta ha sido una de las pocas veces que, en los cincuenta y cinco años de Chaplin, se le ha visto perder en público su famoso auto-control. A este gesto acompañó las siguientes palabras: «No he cometido ningún crimen, señor juez. Soy humano; no lo puedo remediar. Pero este hombre (refiriéndose al abogado contrario) me quiere presentar como un monstruo.»

Casi todas mis simpatías están a favor del demandado por Joan Berry, muchacha que le pide indemnizaciones y el reconocimiento de una paternidad. He seguido, a través de los periódicos americanos, este proceso, bastante escandaloso, porque Joan Berry se complació en presentarnos un Charles Chaplin demasiado íntimo. Un Chaplin que ante el espejo, y mientras hace gimnasia, le dice: «¿Ves? Yo soy como Peter Pan, el niño que no quiso crecer.»

Pero Charles Chaplin podrá no haber querido envejecer; pero físicamente no lo ha conseguido tanto como Peter Pan. Su cabeza es de puro platino, es decir, canosa. En lo que ha quedado muy juvenil, casi escolar, es en ese asunto del eterno femenino. Toda una tropa de muchachitas ambiciosas—el promedio son los dieciocho años— parece que están haciendo cola para arrastrar al pobre Chaplin ante los Tribunales: divorcios, indemnizaciones, pensiones por ruptura de compromiso...

Después están las que viven para el arte, las románticas y «desinteresadas» que suben sobre los hombros breves de Charlot para escalar los altos muros de la cinematografía o del teatro.

Charlot sale de las manos de una para caer en las de otra. Con todas tiene un desengaño, porque Charles Chaplin, que ha sabido captar como nadie más en el mundo los más finos matices psicológicos de la raza judía, mostrándolos de una pieza en su personaje cinematográfico, no sabe «ver» ni «leer» el fondo anímico de las muchachas que halla a su paso.



Charles Chaplin, en el jardín de su finca de Hollywood, estudia con Paulette Goddard uno de los films que alcanzarán éxito más resonante